CAPÍTULO XIII.

Ejecución del P. Malagrida.

Había Pombal prohibido las procesiones de los autos de fe, como cosa anticuada y contraria á los nuevos principios de filantropía y de humanidad. Esto es lo que debiera haber defendido, según sus mismos admiradores. El señor Saint-Priest invitado á presenciar tales espectáculos, escribía al duque de Choiseul, y se quejaba de que Pombal, sosteniendo tales antiguallas, expusiera la reputación de que entre la gente del mandil gozaba en Europa. A lo que respondió el duque: *Que no podía entender como en medio de las doctrinas, que el conde de Oeiras sostenía sobre la independencia del poder temporal, estando en rompimiento abierto con Roma, podía tolerar un tribunal, que los papas habían establecido, del todo independiente de la jurisdicción secular*. Pero los masones son así; y el Marqués, como dechado de masones y precursor de los modernos liberales, á imitación de todos los enemigos de la Iglesia católica, defendía semejantes doctrinas, cuando se podían aplicar en favor y defensa de los perturbadores y herejes: mas, al tratarse de Varón tan célebre y benemérito de la Religión santa, quiso volver á lo rancioso, y rehabilitó la costumbre

añeja, ordenando que en esta sazón se hiciera con toda la solemnidad posible. Así en verdad se verificó el dia 21 de setiembre de 1761, dia en que la Iglesia celebra el glorioso martirio de S. Mateo, apóstol de Antioquía. Como queda ya indicado, antes de entregarlo al poder temporal había sido con todas las tristísimas ceremonias degradado por el arzobispo de Esparta *in partibus*, sufragáneo del Patriarca de Lisboa.

La ejecución debía tener lugar en la plaza del Rozio, donde se habían construido palcos para la nobleza, convocada á presenciar el sangriento espectáculo. Pero, ante todo, el mártir invicto desde las cárceles de la Inquisición fué conducido á la iglesia de los Dominicos, donde se realizó el auto de fe. Oigamos la sencilla y circunstanciada relación, que nos dejó escrita de mano Fr. Vicente, religioso ermitaño de S. Pablo, testigo ocular. Dice así:

«Entre nueve y diez de la mañana principió la procesión desfilando hacia Sto. Domingo, no por camino recto, según se acostumbraba después del terremoto, sino por el rodeo, que se daba antiguamente. Iba, pues, el P. Malagrida con la sotana propia de la Compañía, con los ojos bajos, la cabeza descubierta, y el bonete en la mano delante del pecho. No ví que llevara mordaza ni cartel... bien que todos afirmaban que sí. Cuando el Padre entró en Sto. Domingo, acompañado de dos monjes benedictinos, oí murmullos y voces que decían: *Ahí está el P. Malagrida, que va al tribunal.*

No se si fué llamado por éste, ó si se presentó expontáneamente.»

«Después de largo rato se dirigió al tablado, donde permaneció con gran recogimiento y modestia. Observé que mientras se leían los delitos de los demás reos, siempre lloró. Al irse á leer su proceso, se fué al lugar señalado y se puso de rodillas. Dijéronle que se levantase, mas no se movió hasta segundo aviso. Oyó la sentencia sin inmutarse ni dar señales de impaciencia ni desplacer, antes con muchas muestras de paz y con sereno semblante. Para recibir la degradación fué conducido á un lugar retirado, donde no sé lo que pasó; pero sí que la función duró el espacio de dos horas.»

«Ignoro también cual fuera el obispo, que hiciese aquella ceremonia; solo puedo asegurar que el de Lacedemonia no fué, porque después de haberse retirado el P. Malagrida, como un ministro de justicia secular, que estaba al lado del rey, llamara para este objeto al mencionado obispo, éste le respondió: *Yo no puedo hacer semejante función por la incomodidad que padezco, y harto he hecho con permanecer aquí hasta ahora*. Y dicho esto, se volvió á su casa.»

«Presentóse entonces otro obispo, que no conocí, y se me dijo era Fr. Alejo de Miranda Henríquez, el cual, al dar al Padre el puntapié de ceremonia en ademán de echarle de la iglesia, le pegó tal coz, que le derribó por el suelo. Hecho esto, el P. Malagrida fué entregado

al brazo secular. No sé que en este acto aconteciera cosa notable; solo puedo consignar que el Padre se puso de rodillas delante del ministro de justicia, á quien le entregaron, y este le ayudó á levantarse.»

Dejemos por unos momentos la relación de Fr. Vicente, y continuemos por nuestra cuenta apoyados en documentos igualmente fidedignos. Dos episodios acontecieron, durante el auto de fe, dignos de notarse, que refieren también testigos oculares. En primer lugar, como el celoso Misionero se había conquistado gran fama de penitente, austero y mortificado, Carvallo, para denigrar esa honra, borrando del público el buen concepto en que le tenían, para confirmar en su manera el carácter de hipócrita é impostor, que le había dado en el proceso, qué hizo? Envió un familiar del Santo Oficio con una bandeja de dulces y de bizcochos de varias clases, agasajo caritativo, que durante el auto solía ofrecerse á los penitenciados: y, á fin de que el P. Gabriel con abstenerse de aquel regalo, no acrecentara su gloria de penitente, fué públicamente llamado y preguntado por dicho familiar: *Está V. pronto á cumplir las órdenes del Sto. Tribunal?* A lo que contestó afirmativamente con tal que no se le mandase cosa contraria á la conciencia. *Ordena, pues, el Sto. Tribunal,* añadió el otro, *que coma V. de estos dulces.* Con esta intimación alargó la mano el obediente Padre, tomó algunos dulces y los comió con admiración del pueblo, que lo contemplaba.

Igual pregunta le hicieron, é igual respuesta dió para un objeto, aunque diferente, buscado con fin igual ó parecido. Durante los autos de fé era permitido á los condenados *pedir mesa*, ó demandar ser de nuevo oidos en juicio quier para confesar alguna cosa que hubiese negado, quier para corregir algún concepto equivocado, quier para rectificar alguna declaración ya hecha, todo con el fin de eludir ó atenuar la pena. Carvallo, que observaba al rey pensativo y cariacontecido por aquel escándalo inaudito, deseoso de que se convenciera que se cumplían todos los requisitos y prácticas del Sto. Oficio, mandó intimar al P. Malagrida la orden de pedir mesa. Obedeció al instante el inocente Jesuita, pidió mesa y después de breve intervalo fué llevado delante de los inquisidores. A este paso inesperado sus entusiastas, que no eran pocos, murmuraban; y por todas partes se oían suspiros y gemidos de los que con lágrimas en los ojos invocaban el favor de Dios y la asistencia del cielo para el Mártir invicto. ¿Qué hizo con la mesa el P. Malagrida? Después de haber respondido á unas cuantas frívolas y necias preguntas, hechas para cubrir el expediente é ilusionar al monarca, fué de nuevo enviado á su puesto lleno de nueva confusión, como mansa oveja preparada al matadero.

Veamos ahora el fúnebre aparato, con que se ejecutó la justicia pombalina. Las avenidas de las plazas y de las calles, próximas al lugar del suplicio, estaban tomadas por compañías

de tropa, destinadas á mantener el orden entre la ingente muchedumbre, que acudió á presenciar tan lastimosa tragedia. El tablado, en que se debía repetir la sentencia de condenación, estaba en forma de antifiteatro, ricamente adornado. El ministro en persona quiso presidir la imponente ceremonia, y enfrente de su asiento debía ponerse el rey con toda la corte.

Para que la ejecución impresionara más vivamente á los espectadores, se difirió hasta la noche. Llegada la hora, el venerable Anciano á la luz de fúnebres antorchas fué llevado al suplicio por las calles más concurridas de Lisboa. Solían ir los obstinados herejes cubiertos de una tiara ridícula de papel, vestidos de sanbenito, que consistía en una sotana en que estaban pintadas figuras grotescas de culebras, diablos y otros monstruosos vestiglos, símbolos de la culpa. Era ley inviolable en aquel tribunal venerando, que ningún religioso se presentara con hábito de su orden para no dar á la indiscreta multitud ocasión de menospreciar el instituto, á que perteneciera el ajusticiado. No obstante, cuando se estaba guardando esta ley con un dominico y otro franciscano juzgados en el mismo auto, cuando hasta á las imágenes de los santos Jesuitas se les despojaba de sus propias sotanas para vestirlas de otro color, solo con el P. Malagrida se siguió otra costumbre, habiéndole mandado cubrir con la sotana Jesuítica, afeada con mil cintajos y figuras diabólicas para escarnio é ignominia de la Compañía de Jesús.

Llevábanlo con las manos atadas á las espaldas y una mordaza en la boca para impedirle, según decían algunos, que blasfemase, y en realidad para estorbar que protestase de su inocencia delante del numeroso concurso. Un pregonero precedía y otros culpados le seguian en número de cincuenta y tres. Entre estos había catorce condenados por judaizantes, muchos marineros por bígamos, dos religiosas quietistas con sus confesores, el prior de los dominicos reformados y un franciscano ambos convictos de solicitantes, y en fin, un eclesiástico por haber dicho que los jueces del Santo Oficio eran intrusos y vendidos á las pasiones del ministro Pombal. De todos ellos solo el P. Malagrida había sido condenado á la última pena. Acompañábanle también los dos religiosos benedictinos; uno de ellos de raza judía, pariente de Carvallo, el cual había sido escogido confesor del P. Gabriel. Iba la comitiva sumamente despacio para dar tiempo y lugar á que llegara el monarca.

Puestos ya en el lugar de la ejecución, subió el invicto Mártir sin inmutarse las gradas del cadalso: al momento un comisario del tribunal dió lectura á la sentencia, y el arzobispo de Esparta procedió á la ceremonia pública de la degradación. Concluidos estos preliminares, exhortó al paciente á confesar sus crímenes, y á pedir perdón al rey y al pueblo de sus escándalos, á lo que, respondiendo con dignidad y nobleza el impertérrito Anciano, clamó: *Desde que puse los piés en territorio de Portu-*

gal, siempre servi al rey fidelisimo como bueno y leal vasallo: pero si alguna vez por ignorancia héle agraviado, le pido ahora humilde y sencillamente perdón, como á todos aquellos á quienes haya ofendido.

Dijo estas palabras con voz firme y vibrante, en medio de respetuoso y profundo silencio de la muchedumbre. Pero dejemos otra vez relatar á Fray Vicente, testigo presencial del hecho. «En este instante apareció, dice, todo el lugar á la redonda iluminado cual si fuera claro dia. Las antorchas, que tenían en torno de la luz una pantalla de papel, no despedían resplandor ninguno, de suerte que el papel se veía como si la luz estuviera apagada. En vista de esto, unos decían vuelve el día, será la luna, que pasa detrás de las nubes: pero se equivocaban, porque estábamos entonces en novilunio, y el resplandor era tan extraordinario, como si fuera de claro dia, lo que arrancó de los espectadores un grito de admiración, clamando todos á la vez: *Milagro! Milagro!!* Duró esta luz por espacio de tres buenos credos, ó como dos minutos. Otros añaden que el rostro del Padre apareció repentinamente iluminado con refulgentes resplandores.»

«Después lo condujeron al lugar del suplicio, donde el Padre se arrodilló delante de la imagen de Jesús crucificado, y estuvo allí orando hasta que uno de los asistentes se le acercó y le dijo no sé qué; y observé que con la mano le iba ayudando hasta ponerle en el asiento del lugar destinado. Acuérdome que pasados al-

gunos dias oí decir que el religioso asistente refiriendo el hecho, había asegurado diciendo: *Yo no hice más que tomarlo por la sotana y percibí que todo el cuerpo se acercaba á mi mano, y por el aire sin que me pesara más que un copo de lana, lo conduje al lugar del suplicio, como en volandas.* Por último fué extrangulado sin que le ataran sino las manos, que se las compuso el verdugo en forma de cruz, acercando la una á la otra. Mientras éste maniobró, el Padre no dió señal ninguna de dolor, ni hizo movimiento ni estremecimiento ninguno con la cabeza ni con el semblante, que dejaron descubierto, contra lo que acostumbra hacerse con los otros reos de muerte.»

Aquí añaden algunos que al espirar, le oyeron prorumpir en estas fervientes jaculatorias: *Señor, tened misericordia de mí! Socorredme en esta hora! En vuestras manos, Señor, encomiendo mi espíritu! Jesús! María!*

Y prosigue Fr. Vicente: «Quedóse el Padre con la cabeza algún tanto inclinada á un lado, y el rostro blanco como mármol. Cubriéronle el cuerpo con mucha leña; y cuando el pueblo vió que ardía la hoguera, comenzó á retirarse. Yo, con todo, parte por curiosidad, parte con el fin de poder satisfacer las preguntas de algunos amigos, que deseaban les diera minuciosa cuenta de lo acontecido, allí me quedé todavía. Consumido ya el montón de leña, y viendo que el cuerpo del Padre permanecía aun ileso de las llamas, corrieron por más combustible, que según costumbre debían tener ya

preparado: mas no hallándolo á mano, tuvieron que ir en busca fuera de allí.»

«En este intermedio de tiempo concedióme Dios el consuelo de ver el cadáver del Padre entero é intacto: advertí además que la cabeza, que de primero había visto inclinada, estaba recta como mirando al cielo, la mano izquierda sobre el pecho, y la derecha, lo mismo que la palma, levantada y vuelto hácia el cuerpo. Lo que aconteció después lo ignoro, porque vinieron más soldados, formaron tres filas en torno del cadáver é impidieron toda entrada como también las de las boca calles.»

«Puedo, sin embargo, afirmar que en todo el dia siguiente fueron conducidos carros de carbón y de leña, y que oí decir haber ardido el fuego durante todo el dia. Si se consumió el cadáver ó lo escondieron, lo ignoro; mas decíase de público que el fuego lo había perdonado, contándose entre los que así lo aseguraban los de la familia del arzobispo de Evora y del de Lacedemonia. Lo firme y cierto es no solo que el gobierno hizo todas las diligencias imaginables á fin de que permaneciera oculto todo lo acontecido en este auto, sino que también prohibió bajo pena capital hablar de cuanto había ocurrido, publicando un decreto tras otro con la añadidura de que cualquiera, que fuese hallado reo de tal crimen, sería ajustido allí mismo donde hubiera faltado.»

«La sentencia, impresa algunos dias después de la ejecución, fué recogida y retirada. Los fieles católicos, y buenos portugueses tuvieron

en vida por santo, y en la muerte por mártir al P. Malagrida; y los milagros en vida por él obrados, y los más raros y extraordinarios acontecimientos, acaecidos en el tiempo de su prisión y de su muerte, lo confirmaron en este pensar y en el buen concepto, que de su santidad tenían. Mas la malicia y atroz violencia, que al presente domina en este reino infeliz, no dejan lugar ni aun para lamentarse, y todos vivimos acechados, y en todos momentos con temor y zozobra.»

Así concluye el sencillo relato de Fr. Vicente. Para mayor abundamiento recogiendo los rumores, que por entonces circularon, debemos añadir que muchos afirmaban haber sido el cuerpo del mártir por fin pasto de las llamas, y que entre las cenizas, arrojadas después al mar, se había encontrado el corazón perfectamente intacto, y que una piadosa mujer lo había recogido y llevado á su casa como reliquia veneranda de precio incalculable. Tal fué la victoriosa muerte del incansable apóstol é insigne martir, el P. Gabriel Malagrida.

Contaba á la sazón setenta y dos años de edad, de los cuales había pasado cincuenta en su amada Compañía y consagrado casi cuarenta al bien de las almas y servicio de Portugal, así en el antiguo, como allende los mares en el nuevo mundo. Hé aquí el retrato, que de nuestro invicto Atleta nos hizo el P. Rodríguez, que le conoció personalmente.

«Malagrida, dice, era de estatura mediana; en su rostro se juntaba junto con noble dignidad una dulce modestia: sus mejillas, ordinariamente pálidas, se inflamaban fácilmente cuando hablaba de las cosas de Dios: en este caso sus ojos brillaban con vivo esplendor y parecían arrojar centellas: tenía la frente abultada, pero poco espaciosa, la nariz bien formada, los labios encarnados, los cabellos blondos y la barba larga, que por un cambio admirable encaneció antes que su cabeza. Todo su exterior respiraba santidad y no se podía mirar sin sentirse uno movido á respeto y veneración.»

La muerte afrentosa, lejos de amenguar la reputación y fama de su santidad, no hizo sino comunicarle nuevo brillo. Cuando la noticia de su horrendo suplicio se hubo esparcido hasta los confines de Europa, por todas partes se levantó un grito de indignación, condenando al autor de tamaño asesinato. En España, en todas las casas de la Compañía de Jesús, no solo se recibió la nueva de su fin ignominioso como la de glorioso triunfo, sino que también por espacio de algunos dias echáronse las campanas á vuelo para honrar alegremente su muerte, cual la de un santo. En Portugal mismo, á pesar de la saña y amenazas de la pena capital, lanzadas por el desapoderado ministro, se publicaba la ejecución de nuestro Apóstol, como el martirio de un confesor ilustre de la fe.

Habiéndose leido la parte más triste del proceso delante del virtuosísimo y venerando Padre Baltasar, conocido en todo Lusitania por su conversión estupenda y vida austerísima,

cuando duraban todavía las funestas impresiones del trágico suceso, preguntáronle con instancia: cuál era su sentimiento y parecer sobre lo acaecido? Y contestó: *Qué quiéren, señores, que sienta yo sobre este proceso y sobre este reo? Digo solamente que á pruebas, como estas, Dios no sujeta jamás sino á sus más grandes siervos, cual era ciertamente el santo P. Malagrida.* Y, sin decir más, partió silencioso y con triste semblante.

Pero donde con mayor entusiasmo se celebró su glorioso triunfo, fué en la capital del orbe cristiano. Cuando el soberano Pontífice Clemente XIII oyó referir los pormenores del ajusticiamiento del P. Gabriel, con sentidas lágrimas y acerbísimo dolor prorumpió, delante de muchos, en estas palabras: *Gloria á Dios! Con un nuevo Mártir cuenta la Iglesia de Jesucristo! Por fin, quitada la máscara, ha aparecido Carvallo el tirano de Portugal.* Y, en su vista y con su permiso, se hizo grabar el retrato del mártir con una inscripción encomiástica de sus edificantes virtudes y apostólicos trabajos, que fielmente copiada dice así:

✠

APOSTOLICUS . E . S. J. VIR . NATIONE . ITALUS
VITAE . SANCTITATE . REBUS . GESTIS . MIRACULISQUE
CLARISSIMUS
DE . LUSITANIAE . REGNIS . DE . POPULIS
IMMORTALITER . MERITUS
OLIM . JOANNI . V . REGI . FIDELISSIMO . APPRIME
CARUS
MARIANNAE . AUSTRIACAE . REGINAE . IN . DIVINIS
REBUS . CONSULTISSIMUS
SUMMIS . INFIMISQUE . SEMPER . GRATUS . AC
VENERABILIS
SOLI . INVISUS . DAEMONI . EIUSQUE . FAUTORIBUS
ET . MINISTRIS . QUI
MARAGNONUM . BRASILIAMQUE . CUM . SACRO
MINISTERIO . PERAGRATUS
CHRISTI . AC . REGIS . IMPERIO . INTER . BARBAROS
PROPAGATO . PIETATE
INTER . CHISTIANOS . VEL . RESTITUTA . VEL . AUCTA
PUERORUM . SEMINARIIS . FEMINARUMQUE . COENOBIIS
PASSIM . ERECTIS
HISQUE . INTER . INFINITOS . LABORES
ET . MILLE . VITAE . DISCRIMINA . CONFECTIS . REBUS
EX . INDIA . REVOCATUS . IN . LUSITANIAM
DUM . CORRUPTOS . MORES . CORRIGERE . IMPENSIUS
STUDET
CONCUSSAM . TERRAE . MOTU . ULYSSIPONEM . METU
SALUTARI . CONCUTIENS
VELUTI . QUIETIS . PUBLICAE . PERTURBATOR . URBE
PULSUS . PRIMUM
MOX . IMPIE . CONTRA . REGEM . CONIURATIONIS
ARCESSITUS

POSTREMO . VIOLATAE . RELIGIONIS . LEGE
DAMNATUS
INTER . BONORUM . LACRYMAS . ET . PRAECONIA
PUBLICO . TAMEN . OMNIUM . IUDICIO . ABSOLUTUS
ILLATAM . INIUSTE . NECEM . PIE . FORTITERQUE
EXCEPIT
ULYSSIPONE . DIE . XXI
SEPTEMBRIS . ANNO . DOMINI . MDCCLXI
AETATIS : SUAE . LXXII
POST . AN
NOS . PROPE . XL . LUSITANIAE . SALUTI . UNICE
IMPENSOS.

También los jueces del P. Malagrida celebraron su muerte, pero de bien distinta manera. El primer inquisidor Nuño Alvarez dió el mismo dia un espléndido convite en el convento de los Dominicos, al cual, en señal de alegría por el triunfo obtenido del Sto. Oficio contra los enemigos de la fe y de la patria, asistieron, con la nobleza adicta, los diferentes miembros del tribunal de la Inquisición.

CAPÍTULO XIV.

Los perseguidores y los hermanos del P. Malagrida.

La sangre de la Víctima no aplacó la cólera del impío Pombal. Desgraciado el que se oponía á sus designios, ó manifestaba simpatizar con los caidos! Tomás Joaquín de Costa, colega del Marqués en el ministerio, acosado de los remordimientos por la parte, que había tomado en la muerte del inocente Jesuita, empezó á mostrar arrepentimiento y á murmurar públicamente de la sentencia injusta. Fuera de sí de pesar llevó á tal grado su candidez que no dudó manifestar al mismo Pombal la pena, que afligía su corazón. Pocos dias después el infeliz viejo iba escoltado al castillo de Seira con reputación de imbécil: y el pobre, después de algunos años, murió verdaderamente loco, dejando en la miseria numerosa familia.

Tomás Luis Osorio, coronel distinguido del Rio Grande, militar digno, encomiado por el mismo virey, fué acusado de que mantenía relaciones con los Jesuitas. El Nerón lusitano, sin más delito, mandóle prender y conducir á Lisboa. Encerrado en la cárcel, poco después fué condenado á morir en la horca. En vano